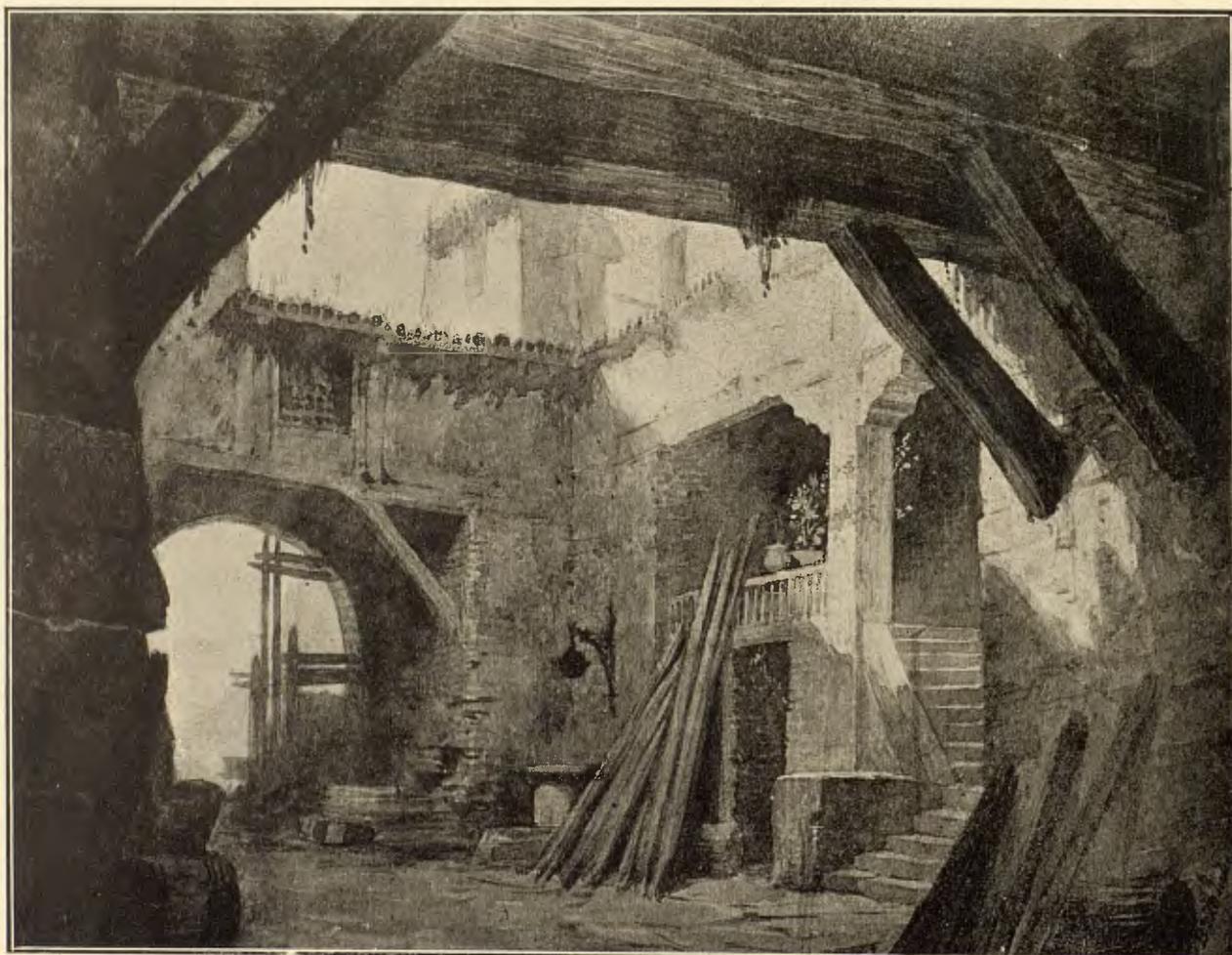


HISPANIA



E. Bilbao. f.w.



F. SOLER Y ROVIROSA. TELÓN CORTO DE «EL TESTAMENTO DE UN BRUJO.» (TEATRO CIRCO DE PARISH. MADRID)

UN GUARDA MODELO

EL señor Juan Ledesma era un hombre fuerte y robusto, á pesar de sus sesenta años y de algunas heridas no del todo cicatrizadas.

Había hecho la guerra de África y la campaña de Santo Domingo, aquélla de gloriosa recordación, y ésta de triste memoria para España.

Al tomar la licencia con el grado de sargento, volvió á Dos Hermanas, su pueblo natal, donde aún vivían sus ancianos padres. Allí se casó, y allí su antiguo jefe, el Marqués de Tamares, le hizo guarda mayor de sus extensas propiedades, plaza muy codiciada, pero de escaso valor para los deseos del marqués, á quien Juan había salvado la vida en la sangrienta acción de Monte Cristi.

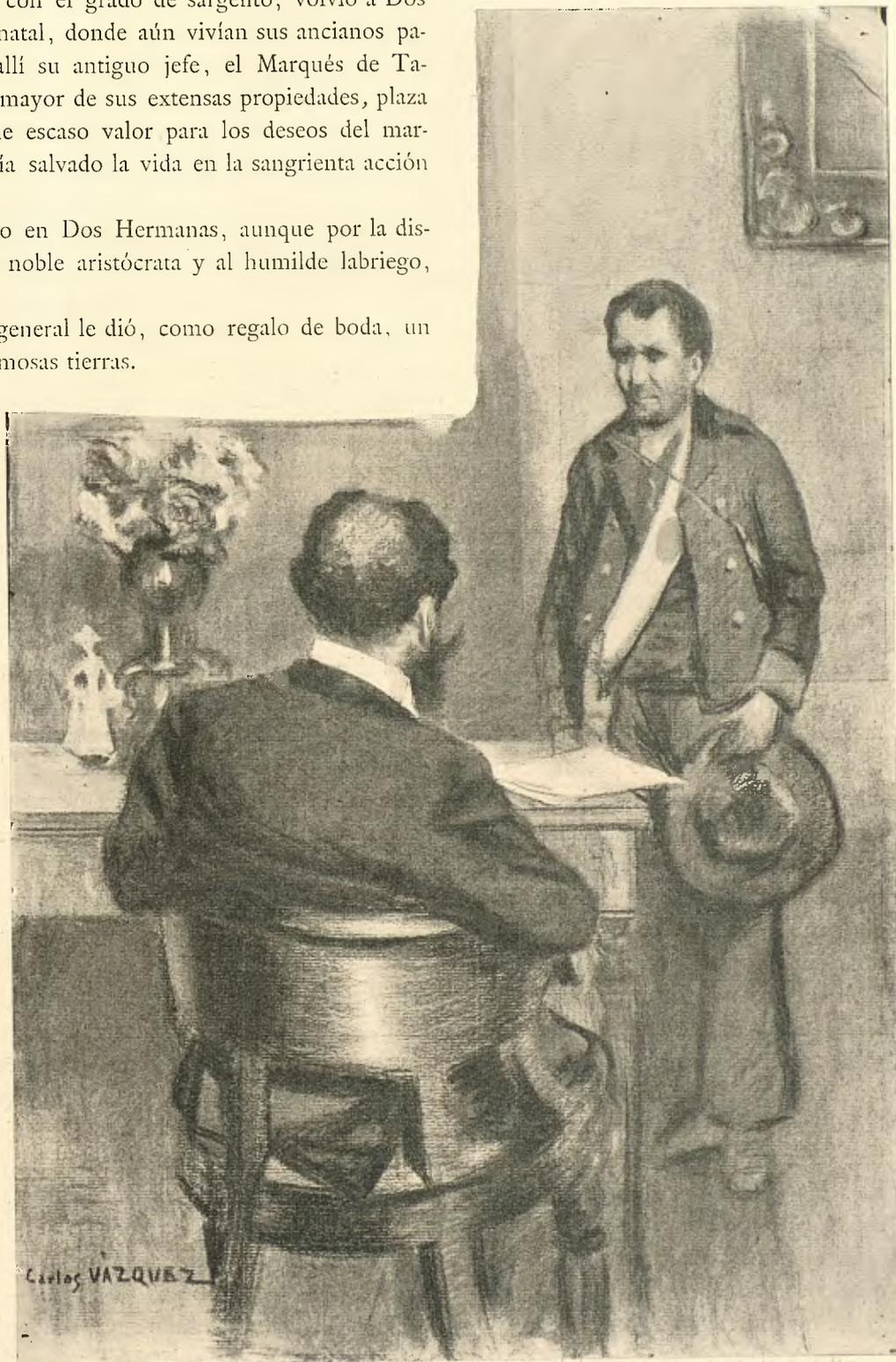
Ámbos habían nacido en Dos Hermanas, aunque por la distancia que separaba al noble aristócrata y al humilde labriego, apenas se conocían.

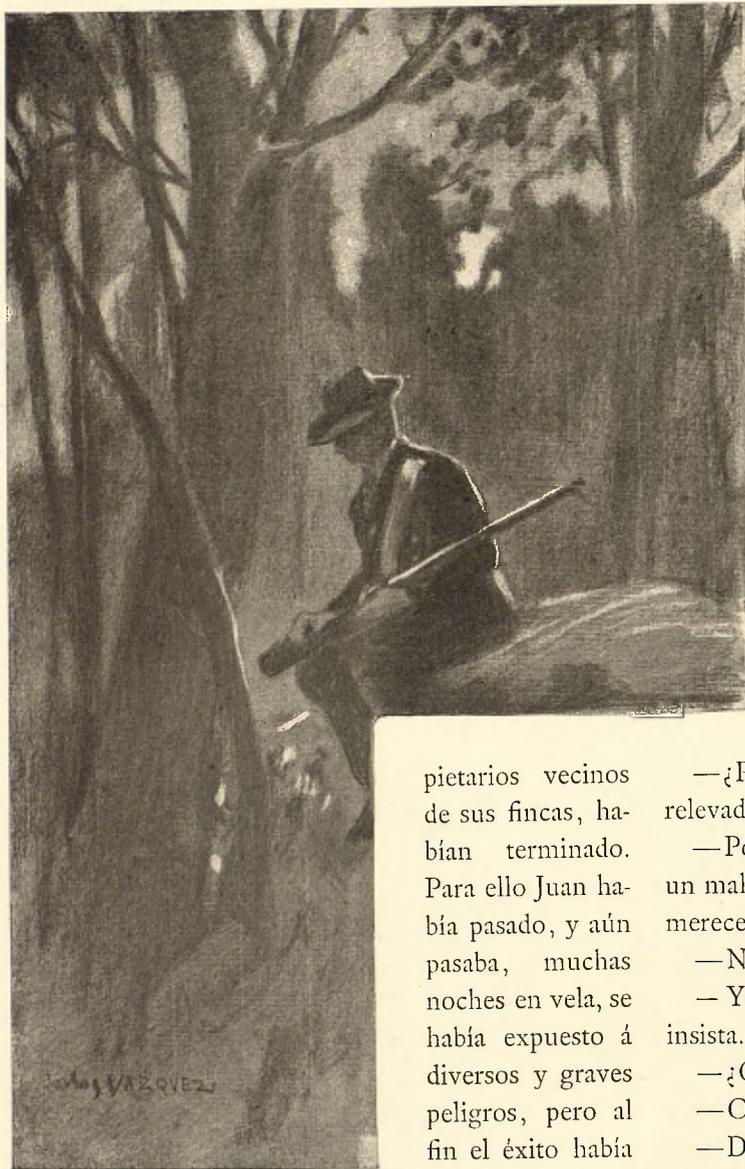
Al casarse Juan, el general le dió, como regalo de boda, un gran cortijo y unas hermosas tierras.

Tuvo Ledesma un hijo, y el marqués ofreció costearle lo carrera que eligiese.

Fernando, que así se llamaba el niño, pasó de la escuela de Dos Hermanas al Instituto, y del Instituto á la Universidad de Sevilla, para seguir la carrera de derecho.

Juan no podía pagar los favores del general más que con un cariño á toda prueba, que ya le había demostrado antes de ser su amo, y con un celo extremado por su hacienda. Desde que Ledesma fué nombrado jefe de los guardias del marqués, las cortas fraudulentas de árboles, los ataques de los malhechores y las intrusiones de los pro-





pietarios vecinos de sus fincas, habían terminado. Para ello Juan había pasado, y aún pasaba, muchas noches en vela, se había expuesto á diversos y graves peligros, pero al fin el éxito había coronado sus es-

fuerzos, y de ello se mostraba orgulloso. En diversas ocasiones habían querido probarle con generosos ofrecimientos, que había rechazado con la mayor indignación. ¡Fuego de Dios! Ledesma era un espíritu recto, y para él, educado en la religión de las armas, no había otro emblema que el honor. Por la honra estaba dispuesto á sacrificar su vida, la de su propio hijo, y hasta la de sus ancianos padres.

Aquel Fernando, aquel hijo que su madre al morir le dejó encomendado, era su ídolo. Guapo, estudioso, valiente, cifraba en él las mayores esperanzas. Sus lauros en la Universidad habían sido los más preciados dones que creía deber á Dios. Soñaba con la primer defensa que pronunciara en la Audiencia, como no había soñado con el amor de la mujer que fué su esposa y de que Fernando era el vivo retrato.

Perdió á sus padres, pero le quedó su hijo, su hijo querido.

Así transcurrieron algunos años.

Un día el marqués recibió un anónimo. Muchos

habían llegado á sus manos, y todos los había despreciado, pero éste no; éste no sólo le conservó, sin poder explicarse la causa, sino que llamó á Juan y se lo dió á leer.

El anónimo decía así:

«Un hombre escala todas las noches el jardín de V. E. ¿Dónde está la decantada vigilancia del famoso Juan Ledesma, que así abandona la defensa de su amo y señor?»

Ledesma se mordió los labios hasta hacerse sangre, y, pálido como un cadáver, devolvió el papel al general, quien, al notar el estado del guardia, ya sintió háberselo dado á leer.

— Indudablemente — dijo el marqués — este anónimo es obra de uno de tantos miserables que tú has castigado.

— ¿Sospecha V. E. de alguno?

— ¿Por qué me das ese tratamiento de que tú estás relevado?

— Porque si lo que dice ese papel es cierto, yo soy un mal servidor de V. E., un traidor, en fin, que no merece su confianza, ni su perdón.

— No exajeres, Juan.

— Yo bien sé lo que me digo... Y perdone V. E. que insista...

— ¿Otra vez?

— Otra vez y cien. ¿Sospecha V. E. de alguno?

— De nadie. Es decir... Ya sabes tú que tenemos en casa á Victorina, la esposa de mi sobrino Luciano; es muy hermosa, y quizá algún galanteador, alguno de esos desocupados de Sevilla, que veranean en Dos Hermanas, pretenda atentar á su honor, que es el de mi sobrino, el mío — repitió con orgullo el viejo militar.

Con efecto, el marqués tenía un sobrino, coronel en uno de los regimientos de la guarnición de Sevilla, el cual se hallaba casado con Victorina Montellano, una sevillana tan hermosa como coqueta, y ambos venían á pasar largas temporadas á Dos Hermanas, al palacio de su tío, acompañándolos Fernando, que era en Sevilla su tertulio y casi su huésped.

— Pues si es verdad — dijo Ledesma con acento sombrío — aconsejo al galanteador que no venga sin traer todos los Sacramentos. Ya se sabe V. E. que tengo el ojo certero.

— No he de encargarte el silencio.

— A la orden, mi general — Y Juan, después de cuadrarse militarmente, abandonó el despacho del marqués profundamente conmovido.

Aquella acusación más ó menos verdadera le había trastornado.

Con todo, procuró serenarse.

Llegada la noche, cargó con cuidado su escopeta. Fernando no había regresado de Sevilla, y el guarda apenas probó bocado. Decidió empezar su ronda desde muy temprano. Para ver sin ser visto, Juan eligió un bosquecillo, que, con un precioso cenador y una fuente en el centro, rodeada de bancos rústicos, servía de grato solaz á los huéspedes del palacio, del que no distaba cien pasos.

Dieron las diez, las once y las doce.

De pronto parecióle á Ledesma que algunas ramas de los árboles se habían movido.

No le engañaba su astuto oído de cazador.

De una alameda cercana, y por un sendero que se dirigía al palacio, salió un hombre que avanzó hasta la casa con grandes precauciones.

Juan le siguió llevando la escopeta preparada. No podía disparar sobre él sin antes convencerse de que aquel desconocido asaltaba el palacio. ¡Quién le decía que no fuese un vecino de alguna finca cercana, ó algún paseante nocturno?...

¡Pero no!... ¡Aquella figura!... ¡aquel aire, el creía reconocerlos!... Una horrible sospecha agitó su cerebro... El desconocido era... Imposible! Pero aunque lo fuese. Su deber estaba primero que todo. El anónimo le acusaba de negligencia; él era un guarda, es decir, un centinela, y sabía que toda negligencia la paga el centinela con la vida. No era posible vacilar. La vacilación era el deshonor, y antes que el deshonor prefería mil muertes.

El desconocido llegó cerca de la verja que rodeaba el palacio, miró á todos lados, cercioróse de que estaba sólo, y rápidamente escaló los hierros, ganando las alabardas que coronaban la verja.

Sonó un tiro, al que contestó un grito de mujer que aguardaba al pie de la verja por la parte interior y que huyó á refugiarse en el palacio.

En su huida fué vista por el marqués, que velaba, y que acudió al ruido de la detonación.

Abrió el general la puerta de la verja, cuya llave llevaba, y encontróse frente á frente con Juan, quien, presentándole el cadáver del desconocido, que había arrancado de la verja, le dijo con firme acento:

—Señor marqués, la denuncia era cierta.

El general retrocedió un paso. En el cadáver del desconocido acababa de reconocer á Fernando Ledesma.

—¡Pero tú... sabías?...—preguntóle con voz alterada.

—Le reconocí al asaltar la verja.

—¿Y disparaste?

—Sí, señor. Y lo único que habría sentido sería no haberle acertado. Y ahora, perdone V. E. que le haya arrancado de la verja. No quería que pasara por un ladrón, deshonrando mi nombre.

—¡Era el amante de mi sobrina!

—Así parece.

—¡Pobre Juan mío! ¿Y le has muerto?

—Como lo haría mil veces. Y ahora, una gracia, señor marqués, antes de que lleguen los criados, que ya acuden al tiro.

—Pide lo que quieras.

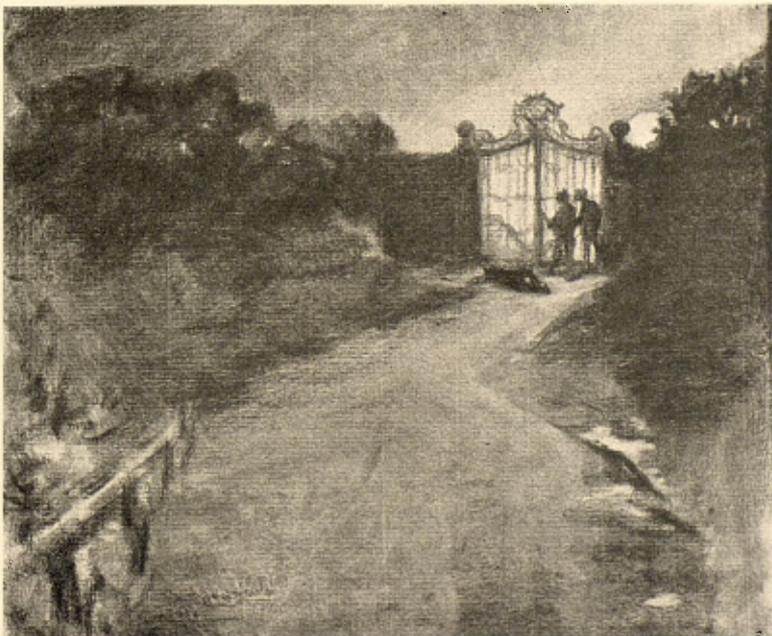
—Mi hijo venía de ronda conmigo, y sin saber cómo, se me disparó la escopeta...

—¡Pobre de tí, y pobre de él!

—Yo le di la vida—exclamó Juan con entereza— para que se consagrara al bien. He visto que se dedicaba al mal, y se la he quitado.

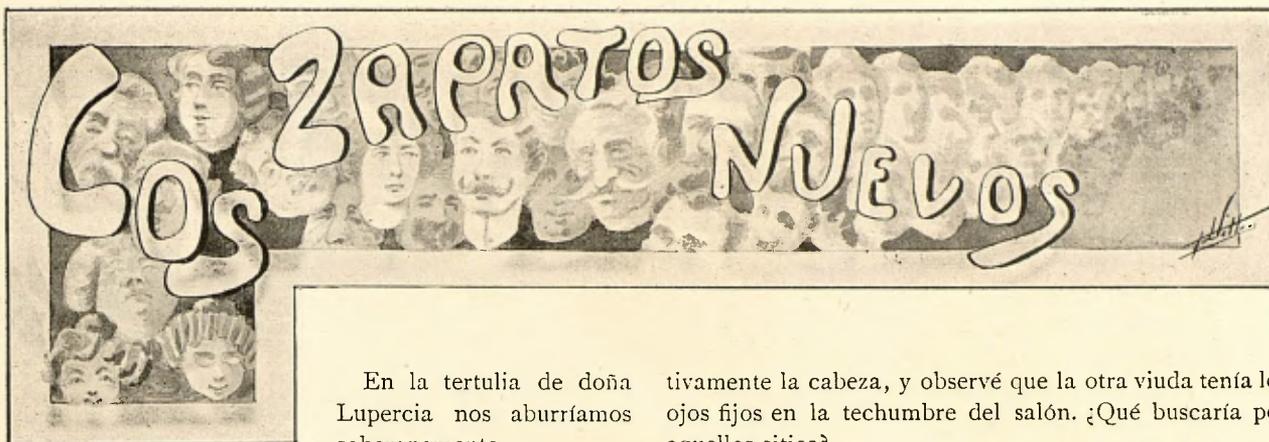
E. RODRÍGUEZ SOLÍS

Ilustraciones de CARLOS VÁZQUEZ





EN EL PASEO



En la tertulia de doña Lupercia nos aburríamos soberanamente.

La gente joven, más lista que Newton en lo de hacer permutaciones y combinaciones, se hallaba engolfada en el eterno capítulo de las confidencias amorosas, y no hubiera oído un cañonazo disparado á quemaropa.

En el grupo de las personas formales hallábanse varias mamás satisfechas, dos viudas con pretensiones, un general de mal genio, dos ó tres papás cariacontecidos y mi humilde personalidad.

—Que nos cuente algo don Policarpo—dijo una señora ya madura, reprimiendo un bostezo.

—Lo haría con mucho gusto—dijo el aludido—si algo supiera y no fuese un narrador tan torpe; pero mi amigo el general, amenizará el rato mejor que yo.

—No, no: el general nos aterroriza con sus historias guerreras, y cuando me meto en la cama y cierro los ojos, no veo más que lagos de sangre, miembros caídos y hombres sin cabeza, caminando de una parte para otra con el fusil al hombro.

—Gracias, señora—replicó el general con visibles muestras de contrariedad.

—Lo mejor es que el *pollo* nos cuente algo agradable—dijo entonces la dueña de la casa.—Los poetas tienen la mente soñadora, y...

—No soy poeta—dije, dándome por aludido al verme *de non* en aquel grupo de personas mayores,—pero, ya que usted lo desea, contaré un cuento de color de rosa.

—Conformes, conformes—exclamaron todos.

—Empiezo, pues. Candidito era una criatura inocentísima que acababa de cumplir los quince años.

—¡Ay!—suspiró una viuda, y vayan mis lectores á saber por qué.

No hice caso de la interrupción, y proseguí:

—Candidito, á la vez que inocente, era una criatura hermosa y simpática, bien formada y robusta, de ojos negros y cabello rubio, ensortijado sin el auxilio de las tenacillas.

Otro ¡ay! ligerísimo, y como escapado á pesar de un gran esfuerzo, me distrajo por segunda vez. Volví instin-

tivamente la cabeza, y observé que la otra viuda tenía los ojos fijos en la techumbre del salón. ¿Qué buscaría por aquellos sitios?

—Vamos; continúe usted—me dijo doña Lupercia.

—Continúo. La credulidad es compañera de la inocencia, y no había absurdo que á Cándido dijese, que no lo creyera como artículo de fe: excuso decir hasta qué punto explotarían aquella credulidad sus compañeros de colegio y otras personas.

En una ocasión le hicieron creer que los duendes, de cuya existencia no dudaba, tomaban distintas formas y disfraces cuando querían hacerse visibles, y no pasó mucho tiempo sin que, saltando alegremente, dijera en plena tertulia:

—Mamá, mamá: ya he visto un duende.

—¿En dónde, hijo mío?

—En casa: salía del cuarto de la doncella é iba andando muy despacio, muy despacio.

—No digas desatinos.

—Te juro que es verdad y que iba disfrazado de trompeta.

Lo del duende no coló á la dueña de la casa; pero Nicanora, que así se llamaba la doncella, se dió tan buenas trazas, que desvirtuó lo dicho por Candidito: el disgusto, sin embargo, nadie se lo quitó de encima, y desde entonces miró de reojo al descubridor de duendes.

En otra ocasión entró éste dando saltos en el cuarto de Soledad, vecina suya, diciendo:

—Ya he visto las brujas; ya he visto las brujas.

—¿Y cómo són, Candidito?—le preguntó Soledad socarronamente.

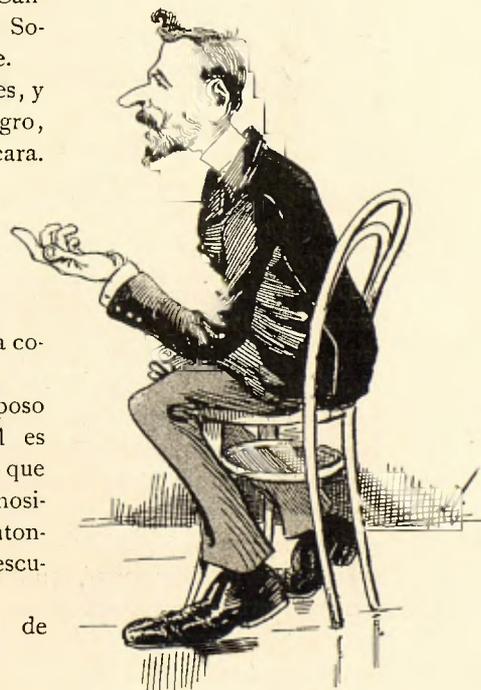
—Como las mujeres, y van vestidas de negro, y con un velo por la cara.

—¿Dónde las has visto?

—Hace poco ví salir una del despacho de don Luís, y desapareció enseguida como una sombra.

Don Luís era el esposo de Soledad, y fácil es comprender el tiberio que se armaría y la animosidad con que desde entonces vió don Luís al descubridor de brujas.

Las inocentadas de



Cándido iban en aumento, y su padre empezó á sospechar que debía de tomar ya cartas en el asunto para hacer que se le despejaran los sentidos á la criatura; pero tal sospecha no se elevó á la categoría de convicción hasta una noche en que se vió seriamente comprometido por la candidez de su retoño.

Fué el caso que Nicanora, que nunca olvidó lo del trompeta-duende, escondió los zapatos nuevos que Cándido había de ponerse para ir al Retiro la mañana siguiente, é hizo creer á Cándido en la posibilidad de que alguna de las señoras que formaban la tertulia los tuviera puestos, mayormente cuando, en vez de los zapatos nuevos que buscaban, habían encontrado, en el mismo sitio, otros de mujer deteriorados.

Cayó Candidito en el lazo y discurrió, con su natural perspicacia, que lo más fácil y pronto para recobrar sus zapatos era reconocer los piés de las tertulianas; mas, por un asomo de precaución, en él excepcional, procuró hacerlo disimuladamente.

Se trasladó á la sala; se agazapó detrás de una silla; levantó con suavidad el vestido de la que en ella estaba sentada; vió... vió que los zapatos de la dama no eran los suyos; dejó caer el vestido con mucho cuidado, y se corrió hasta la silla inmediata para continuar la investigación.

Hubo reconocimientos más ó menos prolongados en conformidad, según es de creer, con las dudas que tuvo respecto á la propiedad de los zapatos que veía; pero debió de llegar el

momento en que las dudas fueran tales que, no bastándole ya la vista, creyó indispensable el tacto, y allí fué Troya.

Dió Soledad un grito al sentir que la andaban cosquilleando por las extremidades inferiores y se levantó asustada, dejando al descubierto, entre otras cosas, á Candidito en posición supina; quedóse frío don Procopio, padre de nuestro párvulo, al comprender los trabajos de ingeniería que éste practicaba; irritóse violentamente don Luís, tanto por aquellos reconocimientos del descubridor de brujas, como por las morbideces que, involuntariamente, dejó su mujer al descubierto cuando se levantó asustada de la silla; rompieron los demás en carcajadas, y de tal suerte se condensó la atmósfera, que la tempestad rugió imponente.



No era don Procopio hombre de armas tomar, y como debía á don Luís una satisfacción que éste le demandaba, halló el medio de dársela cumplida, solfeando á su cachorro de lo lindo delante de la concurrencia; puso el muchacho el grito en el cielo; intervino la pobre madre; mediaron los amigos; pero todo fué inútil: se consumó la lección de solfeo, y Candidito aprendió á ser desde entonces menos cándido, y si ustedes lo vieran hoy, no lo conocerían: es el mayor hipócrita del mundo.

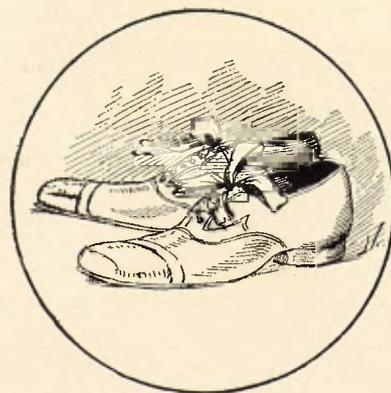
Al termiuar mi relato, observé que las dos viudas tenían el rostro compungido: no les había agradado sin duda la terminación; en cambio, el general me preguntó con socarronería:

—Caballero: ¿sería usted tan amable que nos dijera en dónde está el color de rosa de ese cuento?

—Con mucho gusto, mi general—le repliqué.—En las asentaderas de Candidito.

PERO NUÑO

Ilustraciones de VILLAR



MURMURACIONES

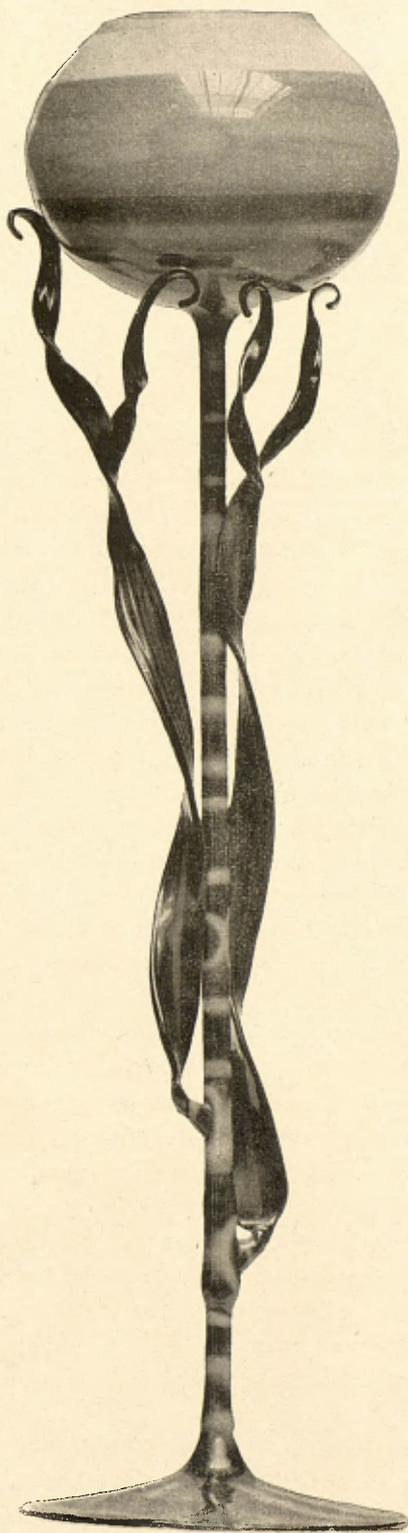
De la Pílarica
es hoy sacristana
la esquiva Mariana,
moza sin galán,
que sólo en novenas,
rosarios, capillas
y en cosas sencillas
muestra dulce afán.

De su alegre barrio
hoy es directora;
la Virgen, que adora,
pone en un altar.
Teje las guirnaldas,
cuelga ricas telas,
enciende las velas
y empieza á rezar.

¡ Qué linda y modesta !
¡ qué humilde y sencilla
vela la capilla
que ella dirigió !...
El santo rosario
repara su dedo...
las mozas, muy quedo
cuentan... ¡ que se yo !

Que aquella *Santica*,
así se la llama,
en secreto ama
á un guapo doncel
de un lugar vecino,
rico y calavera,
que á misa primera
se avista con él.

Dicen... niñerías...
hay quien asegura,
que su tío el cura
de ello se enteró;
que ella, sollozando,
pareciendo loca,
juró que su boca
de amor no trató.



Notan sus amigas
que aquella velada,
muy triste y callada
la doncella está;
que una negra sombra
tras ella se posa,
que tiembla la hermosa.
¿ Por qué temblará ?

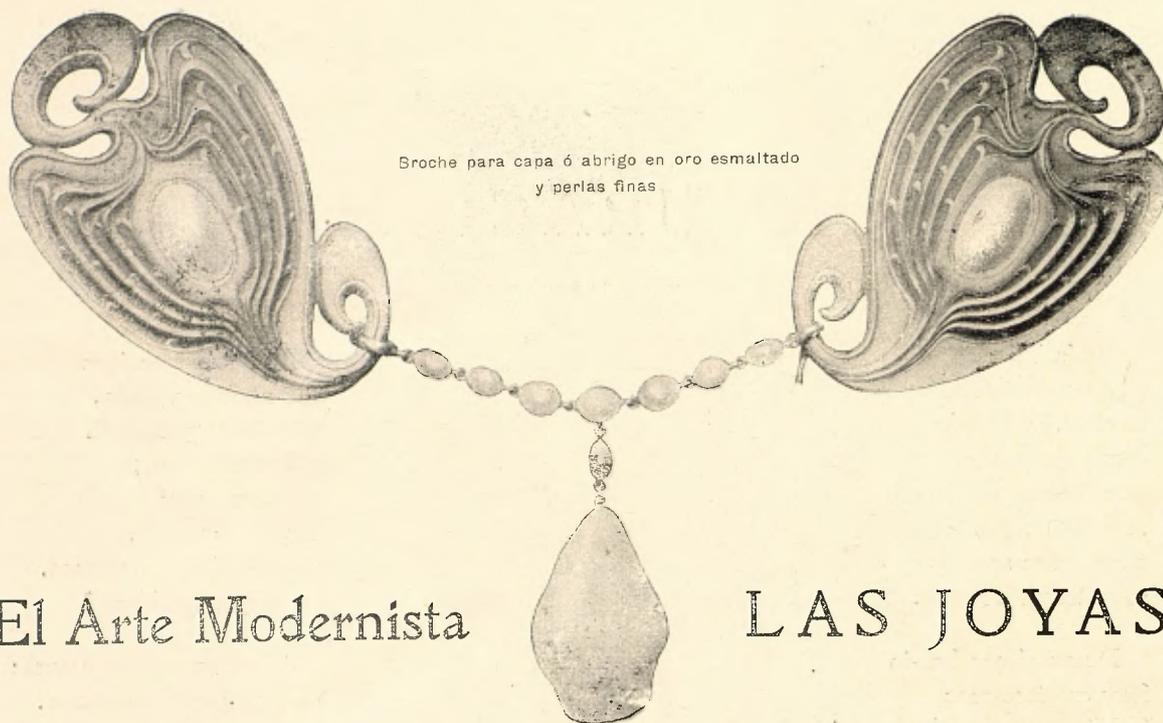
Que una voz murmura:
— Te aguardo mañana.
Que la sacristana
le contesta:— ¡ Ven !...
La sombra se aleja,
y la bella esquiva
queda pensativa
doblado la sien.

Que enciende de nuevo
círios y velones,
que reza oraciones
con mucho humildad.
¡ Quién está en lo cierto
de comedia tanta !...
¿ Es fácil ó es santa ?
urge la verdad.

— Vaya usted á saberlo,
exclamó una anciana,
como á Mariana,
moza me hizo Dios,
y siendo una chica
del mundo ignorante
dí cita á un amante
y á un tiempo á otros dos.

— ¿ Y se supo al cabo
tanta felonía ?
pregunté á la tía
gazmoña é infiel.
Y articuló— ¡ Calla !...
la chica más boba
al demonio roba
y se burla de él.

Francisco Gras y Elías



Broche para capa ó abrigo en oro esmaltado y perlas finas

El Arte Modernista

LAS JOYAS



Broche en oro cincelado y esmaltado

Entre todas las artes, la de la joyería es, quizá, la más delicada, la más preciosa, la primera del mundo, porque fué creada por el bello sexo para realzar su hermosura y completar su dicha. Pero desde las primeras piedras preciosas, incrustadas por un trabajo semi bárbaro en recios círculos de oro, de plata ó de bronce, algo como un espíritu sutil y agudo ha animado las pedrerías á través de los tiempos; y resultan divinas y como doradas de oculta fuerza, y su destino es soberano, augusto, porque, no bien arrancadas al negro sueño del mundo mineral, ya son suavizadas, solícitadas, verdaderamente adoradas por mujeres y artistas.

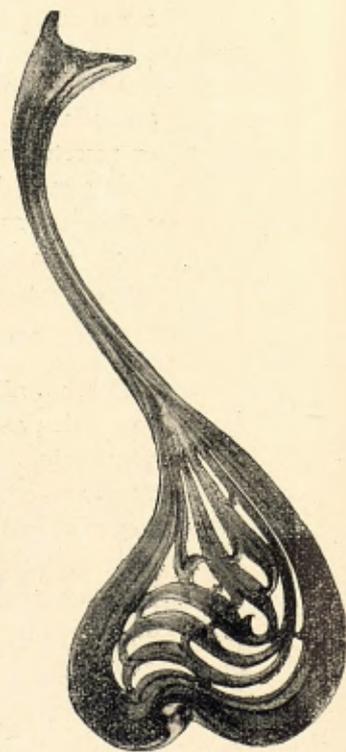
Joyas existen, propias de princesas ó de hadas, como estas cuya imagen ofrecemos á nuestros lectores, dándoles la forma deliciosa, pero sin poder reproducir el color; y á pesar de que el más refinado ingenio y el arte más sabio han parecido, á la vuelta de mil pruebas y ensayos, los matices de los esmaltes y de las perlas antes de trazar la línea definitiva, la obra artística no ofrece ninguna extravagancia en su inventiva. No hay aquí el brillo en rústico deslumbrante y efectista de los trabajos de la joyería moderna; es el alma misma de la piedra primitiva que se convierte en símbolo al convertirse en joya.

Y en esta exposición variadísima, esplendorosa del *nuevo arte*, donde el esfuerzo artístico crea sin cesar cuanto el lujo y el buen gusto pueden poseer

y desear, ante joyas que brillan como los ojos de una beldad: perlas irisadas, turquesas, cinceladuras de oro sombrío,—sobre terciopelos blancos, se siente el escalofrío de la emoción de lo bello, que embarga y subyuga; pero de lo bello y armónico, tomando la palabra en su exacto sentido, es decir: proporciones de feliz sencillez en las relaciones de las líneas y de las tonalidades.

Son alfileres de prendedores, hebillas de cinturón, broches para capas; son, en fin, cadenas sosteniendo en un triple anillo estos maravillosos «pendentifs,» de dibujo tan puro y ligero, en que se incrustan esas perlas llamadas *barrocas* en el *argot* del oficio por su forma irregular y su color tan variado, cambiante y chillón. Todo el mar y todo el cielo se juntan. He aquí una joya de oro y de esmalte en forma de cáliz, y más allá otra en esmalte verde á dos tonos engastando tres ópalos magníficos, cuyo blanco-azul lechoso refleja el verde, dándole su luz.

Tesoro de los museos futuros serán indudablemente éstas joyas; esta cabeza de mujer, perfil cincelado en la piedra y el oro, oro sombrío que hace, en la cabellera desplegada, el mejor efecto, sirviendo de casco á esta cabeza tres pequeñas bandas de diverso oro y de esmalte incrus-



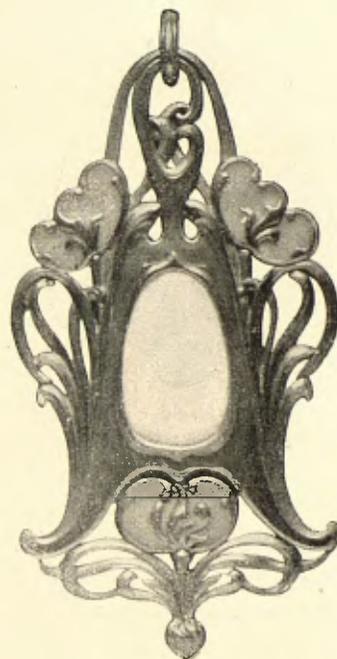
Cucharilla para azúcar



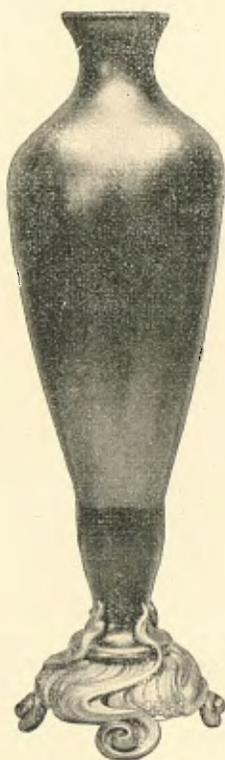
Jarro de Bigot, montura bermeja



Medallón para el cuello, oro esmaltado y perlas finas



Pendientes de oro, ópalos y esmaltes



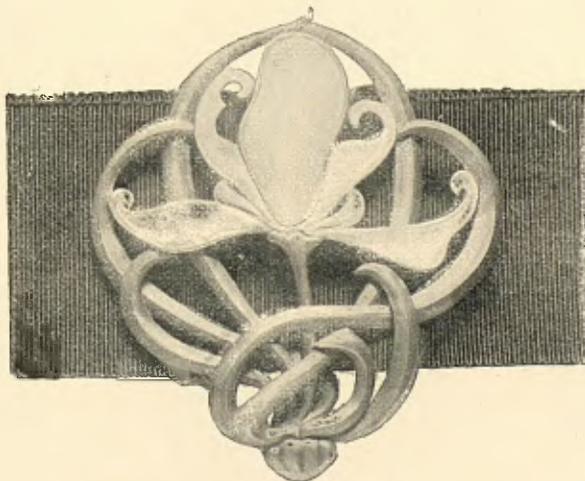
Bermejo



Medallón para el cuello, de oro y rubies



Pendiente de oro con esmaltes transparentes y perlas finas



Hebilla de cinturón (bermejo y perla)



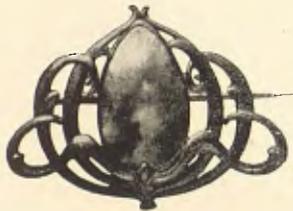
Medallón para el cuello, oro esmaltado y cincelado



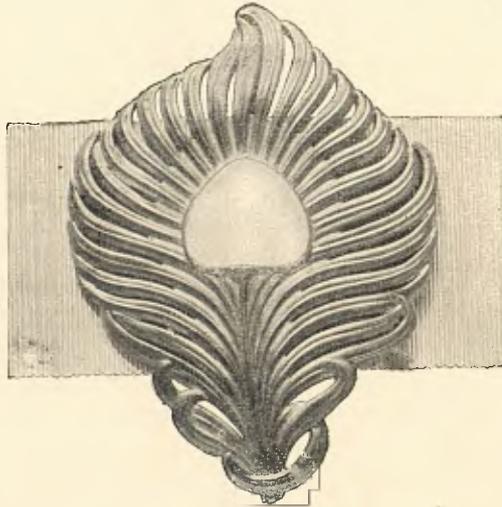
Montura en bermejo con incrustación de coral



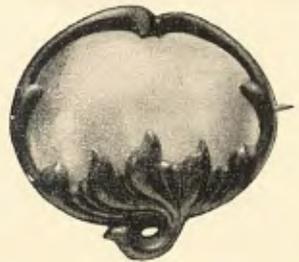
Medallón para cuello, esmaltado y perlas finas



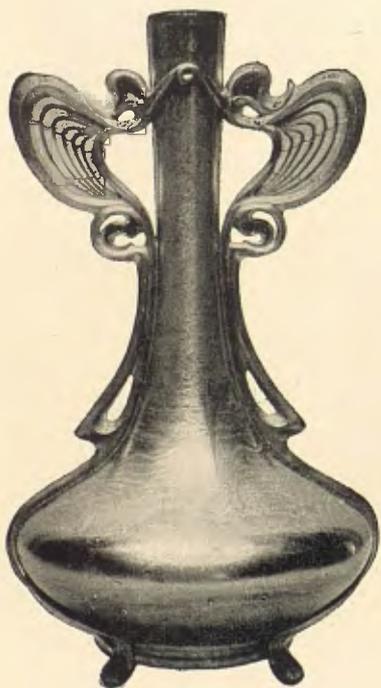
Broche de oro y perlas finas



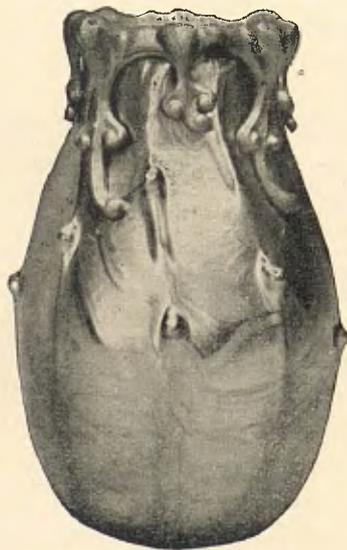
Hebilla de cinturón (bermejo y ópalo)



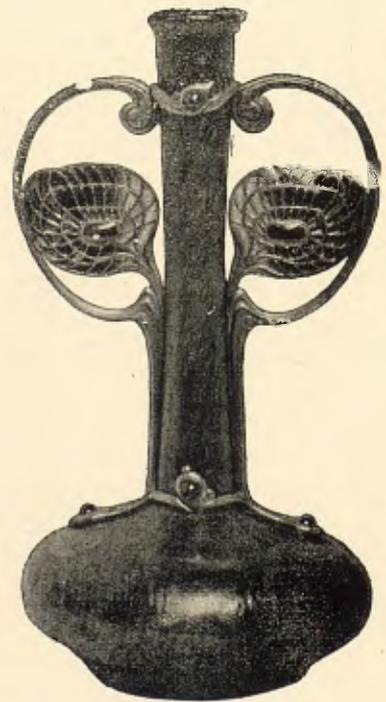
Imperdible de oro y perlas finas



Montura en bermejo y esmaltes opacos



Vaso Tiffany, montura en bermejo

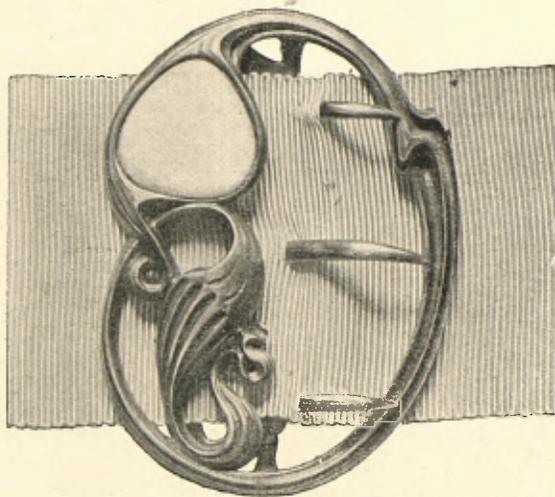


Bermejo y esmaltes transparentes

tado de pedrerías, bandas á la egípcia, que se reúnen y se sujetan sobre la oreja por una perla viva como una lágrima; y este « pendentif » en forma de pluma ó tal vez de lágrima, que con un dibujo tan ténue, alargándose en suave curva, con esmaltes de tonos azules y verdes, brilla y centellea; y esta perla gorda ú ópalo bruñido de oro y sosteniendo, con la ayuda de dos cadenitas, un cisne con las alas desplegadas, y cuyo flanco y cuello, lechosos y relumbrantes, parecen surgir del agua que los reflejos del esmalte verde, en la base, simulan.

Hé aquí otra joya que representa un cisne también, pero cisne-químera, cisne fabuloso, que se destaca en relieve sobre un enorme ópalo en forma de huevo, que encierra el más fino engaste de esmalte. Son broches que han de sujetar á cuellos delicados y friolentos los encajes y las cintas; prendedores delgados, pequeños, pero de un dibujo muy puro dentro de una rareza fantástica; hé aquí, en esmalte verde y obscuro, el relieve exterior de una concha abierta, donde duerme, salpicada de oro, una enorme perla azul, clara y profunda como una mirada. Sí: en los museos, más tarde, cuando estas joyas hayan sufrido, sin obscurecerse, el paso de la vida, se verá á las mujeres y á los artistas detener su planta para imaginar, en dulce añoranza, la vida de hoy, en la que otros artistas hubieron de crear estas joyas para otras mujeres, Y entonces estos broches, doble concha arrollada en forma de oreja, incrustados de ópalos sosteniendo una cadenita de perlas, de donde pende, como lágrima de un hada, una perla *baroque*, y éstas hebillas de cinturón: orquídea abierta de oro, de esmalte ó de perlas; palma ó pluma de pavo real, sembraba de ópalos: estos lazos elegantes, en que el esplendor de la piedra no es menor que la fineza del dibujo, estas pequeñas cosas frágiles y encantadoras podrán decir á los soñadores de lo porvenir cuánto ha sido el esmero y cuan completa la victoria del arte de hoy.

Pero en esta misma exposición, sí la vista no se fatiga, otros prismas de luz la solicitan bien pronto: son las vitrinas donde se muestran, casi en forma de flores, *bíbelots* de imperial fantasía; son para las flores naturales, las corolas, los tallos de estos vasos, de estos jarros, firmados « Fiffany »: cristalería transparente, con luz de sol ó de luna, magia inaudita de la luz, luz del ámbar, del oro, del rubí encerrado en una copa ó en un búcaro. Diríase que se está contemplando, ya el cristal verde obscuro de un estanque dormido ó la sombra de los árboles, ya una onda espumosa sobre una playa de suave arena, ó una hermosa pupila mágica, ó una serpiente que arrastra sus anillos de esmeralda. Y estas maravillas están engastadas en oro y en esmalte; tan frágil poesía está rodeada y robustecida por materias inalterables. También aquí el arte de la joyería ha



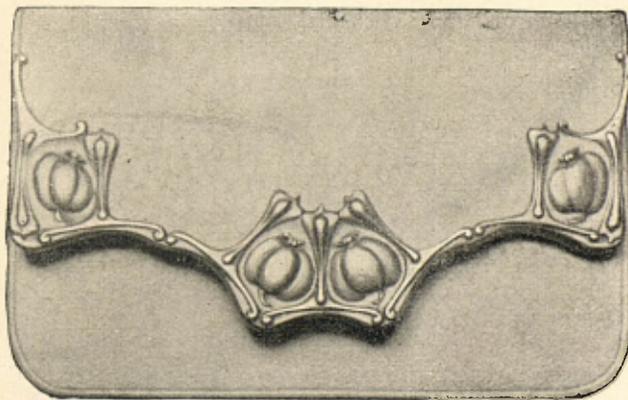
Hebillas de cinturón (bermejo y perla)

secundado al maestro vidriero, y todas estas artes minuciosas de trabajo y paciencia que en épocas más hermosas disfrutaron del favor real, se renuevan y se colocan en el lugar que les corresponde en el terreno de la belleza, este terreno que no ha de ser únicamente para el lujo innaccesible y la fantasía hermosa, pero inútil, sino también para aquellos que, no pudiendo prodigar los caprichos, desean, no obstante, que el arte sea un artículo de primera necesidad en la existencia.

Por eso, entre estas joyas, puede verse el dibujo de un monedero de cuero blanco engastado en oro é incrustado de turquesas. Es hacer de un objeto esencialmente práctico un objeto de arte, es verdad; mas, para los refinados, ¿no es un refinamiento más y que demuestra buen gusto el desear más el arte en aquello que es para ellos de un uso constante que, por ejemplo, en un *bíbelot*, que, aunque muy bonito, no se puede transportar?

Por eso este arte, fuera del precio integral de las materias primas empleadas en la joyería, este arte, llamado *arte nuevo*, no se reserva únicamente para las fortunas reales; no hay más que un exclusivismo: el del gusto, que hace que sólo sea estimado por los verdaderos artistas, lo que le da derecho á ostentar un legítimo orgullo.

X.



Monedero de piel blanca, engastado en oro y turquesas



ALBANI.— LA VIRGEN DE LA MANZANA. (ESCUELA BOLOÑESA). PROPIEDAD DE D. LUIS BRUNY MIRÓ



Concha Suárez

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

En esto se afirmó. La noche, hasta el día, la señora la pasó en el lecho torturada por sus pensamientos. Sus brillantes ojos derramaron lágrimas hasta la mañana cuando fué á maitines.

A la hora de la misa llegaron los reyes; ellos tomaron de la mano á su hermana y la aconsejaron corresponder al amor del de Heneland. Ninguno de ellos halló á mujer más contenta.

Hicieron venir á los emisarios de Etzel que deseaban partir del reino de Gunter con un nó ó con un sí.

De nada sirvieron sus ruegos hasta que Rudiguero dijo á la reina que él podría vengarla de las grandes penas que había sufrido. Entonces se comenzó á aliviar su dolor.

Dijo á la reina: «Dejad vuestro llanto; aunque tuviera sólo entre los Hunos nada más que á mí, á mis decididos parientes y á los que me siguen, cualquiera que os ofenda tendrá mucho que sufrir.»

Con esto comenzó á disminuir la aflicción de la señora y dijo: «Juradme, Rudiguero, que cualquiera que sea el que me ofenda, vos seréis el primero en vengar mi afrenta.» El margrave respondió: «Estoy dispuesto á hacerlo, señora.»

Con todos sus hombres juró aquello Rudiguero, y le prometieron que los distinguidos guerreros del país de Etzel no le negarían nada que pudiera referirse á su honor: así lo juró Rudiguero extendiendo la mano.

La fiel esposa pensaba: «Si puedo hacerme con tantos amigos, dejaré que la gente diga de mí lo que quiera por mi desgracia. Nada me importa: podré vengar la muerte del amado esposo.»

Pensaba: «Ya que el señor Etzel tiene tantos guerreros, haré lo que quiera cuando los mande. Él tiene tantas riquezas que podrá darme mucho; nada me ha dejado de mis bienes el cruel Hagen.»

Así contestó á Rudiguero: «Si no me hubieran dicho que es pagano, yo hubiera accedido con gusto y lo hubiera tomado por esposo.» El margrave contestó enseñada:

«Tiene tantos guerreros que son cristianos, que cerca del rey no sufriréis pesar ninguno; yo creo que el buen rey volverá á Dios si os haceis su esposa.»

Así dijeron sus hermanos: «Concédelo, hermana mía, y desecha la aflicción en que estás.» Le rogaron tanto tiempo, que al cabo dijo con tristeza delante de aquel héroe que sería de Etzel.

Añadió: «Os seguiré al Huneland tan pronto como tenga amigos que me acompañen á ese país.» Después la hermosa Crimilda dió su mano á los guerreros.

El margrave dijo: «Si entre los vuestros teneis dos guerreros, yo tengo aquí muchos más; con estos podremos conducirlos con honor fuera del Rhin. No es menester que permanezcais más tiempo entre los Borgoneses.

«Quinientos hombres tengo conmigo y además mis parientes; os servirán aquí, y cuando estemos junto á Etzel harán lo mismo; yo obraré de igual manera cuando me lo advirtais, para no caer en falta.

«Haced preparar vuestros caballos de viaje; nunca los consejos de Rudiguero os causarán pesar. Haced advertir á las vírgenes que deben ir con vos; durante el camino encontraremos muchos guerreros distinguidos.»

Ella poseía aún ricos adornos, por los que se había lu-

chado en tiempo de Sigfrido, y éstos podrían llevarlos con honor, durante el camino, muchas jóvenes.

Los ricos trajes que había llevado en otro tiempo, los prepararon para el viaje, pues les decían muchas cosas del rey; abriéronse entonces los cofres, que hacía mucho tiempo tenían cerrados.

Muy ocupados estuvieron durante cinco días y medio, sacando de sus envolturas lo que tenían guardado. Crimilda abrió su tesoro; quería hacer ricos á todos los que habían acompañado á Rudiguero.

Hagen supo todas las noticias que se referían á Crimilda.

El dijo: «Por cuanto Crimilda no me ha de volver nunca á su favor, es menester que aquí se quede el oro de Sigfrido. ¿Por qué he de dejar á mis enemigos tan grandes tesoros? Yo sé muy bien lo que Crimilda quiere hacer con ese tesoro.

«Si se lo lleva de aquí, creo que lo distribuirá en hacer crecer el odio en contra mía. Ellos no tienen caballos para llevarse: Hagen quiere guardarlo; que se lo hagan saber á Crimilda.»

Cuando á ella dieron esta noticia, experimentó amarga pena. También se lo dijeron á los tres reyes, y quisieron oponerse. Como esto no sucediera, el noble Rudiguero dijo con grande alegría:

«Rica hija de reyes, ¿por qué llorais ese oro? Tan sometido os está el rey Etzel, que si os ven sus ojos os dará tantas riquezas, que jamás podreis gastarlas; así os lo garantizo, señora.»

Le respondió la reina: «Muy noble Rudiguero: nunca una hija de reyes ha tenido tantas riquezas como Hagen me ha quitado.» Su hermano Gernot se acercó á la cámara del tesoro.

Con el permiso del rey introdujo la llave en la puerta. Distribuyó el rico tesoro de Crimilda, que valdría treinta mil marcos ó más, y lo hizo aceptar á los extranjeros; Gunter aprobó lo hecho.

Así dijo el de Bechlaren, esposo de Gotelinda: «Aunque mi soberana Crimilda tuviera tantas riquezas como en otro tiempo le trajeron del Nibelungenland, ni mi mano ni la de la reina las tocara.



» Conservadlas para vosotros: yo no las quiero. He traído de mi país bastantes bienes para no carecer de nada en el camino: tengo lo suficiente para hacer todos los gastos de mi viaje.»

Ofrecieron á las vírgenes doce cofres llenos del mejor oro que pudo encontrarse en los antiguos tiempos, dándoles galas de mujeres de que debían de usar en el camino.

La cólera del furioso Hagen era muy fuerte. Ella tenía todavía mil marcos de oro de las ofrendas y las distribuyó por el alma de su querido esposo. Parecía á Rudigüero que obraba con gran bondad.

La desgraciada reina dijo: «¿Dónde están los amigos que por amor á mí quieren viajar en mi compañía hasta el país del rey Etzel? Que tomen de mi oro y compren caballos y vestidos.»

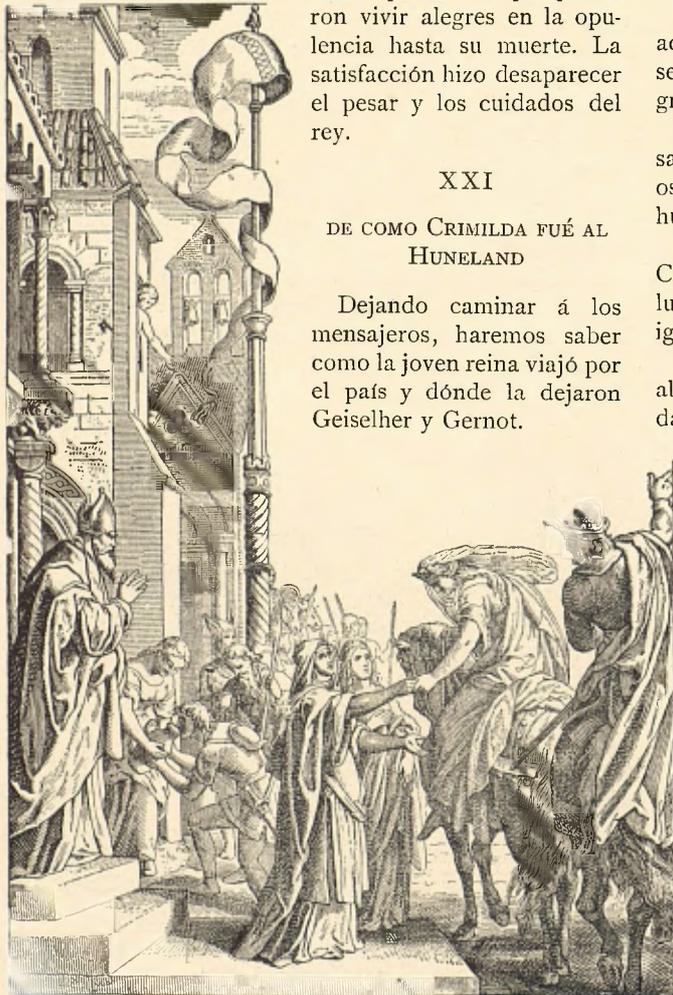
El margrave Eckward dijo: «Todo el tiempo que he sido de vuestro acompañamiento os he servido con fidelidad», y añadió el guerrero: «lo mismo quiero hacer hasta el fin de mi vida.

» Quiero llevar también conmigo quinientos de mis hombres, que os servirán con gran placer. La muerte sólo nos puede separar.»

Antes de abandonar el Rhin enviaron rápidos mensajeros al Huneland para hacer saber al rey que Rudigüero le había conseguido la noble esposa.

Los mensajeros fueron muy de prisa: querían llegar pronto para conseguir gran honor y la rica recompensa de su mensaje. Cuando llegaron con la noticia, fué la más agradable que el rey Etzel había recibido.

Por esta grande alegría, el rey dió á los mensajeros tantos presentes, que pudieron vivir alegres en la opulencia hasta su muerte. La satisfacción hizo desaparecer el pesar y los cuidados del rey.



XXI

DE COMO CRIMILDA FUÉ AL HUNELAND

Dejando caminar á los mensajeros, haremos saber como la joven reina viajó por el país y dónde la dejaron Geiselher y Gernot.

Llegaron hasta Vergen, sobre el Donau. Allí se despidieron de la reina, pues querían volver al Rhfn.

El atrevido Geiselher dijo á su hermana: «Hermana, si en algún tiempo tienes necesidad de mí, si llegaras á tener cualquier peligro, házmelo saber, y por servirte yo iré hasta el país del rey Etzel.»

Muchos altivos guerreros volvieron atrás para regresar á sus pueblos.

Los demás avanzaron siguiendo el Donau hasta el Baierland: cundió la noticia de que habían llegado muchos y desconocidos huéspedes al sitio en que hoy se halla un monasterio y donde el Jura se confunde con el Donau.

En la ciudad de Passau había un obispo. Todos los alojamientos y el palacio del príncipe quedaron desiertos; todos fueron de prisa al Baierland para ver á los huéspedes en el sitio en que el obispo Pilguerín se encontró con la hermosa Crimilda.

Como el obispo creía que iban á quedarse allí algunas noches, el margrave Eckwart le dijo: «No puede ser: debemos encaminarnos hacia las tierras de Rudigüero; muchos guerreros nos esperan, pues saben que llegamos.»

La noticia llegó hasta la hermosa Gotelinda: se preparó de prisa con su hija, pues Rudigüero le había hecho saber que sería bueno consolar en su pesar á la joven reina.

Salieron con muchas damas en su compañía, para encontrarles, hasta el Ence.

Cuando Crimilda vió venir á la margrave con su acompañamiento, dijo que no se siguiera adelante; ella detuvo á su caballo con la brida, y suplicó que la ayudaran á bajar de la silla.

El obispo llevaba á su sobrina hacia Gotelinda, de acuerdo con Eckwart. en el momento en que todos se separaban. Allí la extranjera besó en la boca á la margrave.

Así dijo con tierno acento la noble margrave: «Gran satisfacción es para mí, querida señora, el que mis ojos os hayan podido ver en este país: en ningún tiempo me hubiera podido ocurrir nada más agradable.»

«Dios os lo pague, muy noble Gotelinda», respondió Crimilda. «Si yo conservo la salud con el hijo de Bete-lungo, será un bien para vos haberme visto aquí» Las dos ignoraban lo que tenía que suceder.

Con mucha cortesía se saludaron las demás jóvenes; allí estaban los guerreros para servirlos. Después de saludarse, se sentaron sobre la yerba, y supieron muchas cosas que ignoraban por completo.

Escanciaron la bebida á las mujeres. Sería próximamente medio día; el noble acompañamiento no reposó mucho tiempo en aquel sitio; se encaminó hacia las tiendas en que tenían preparado cuanto podían desear.

Descansaron toda la noche; los de Bechlaren lo prepararon todo para recibir á tan distinguidos hombres; Rudigüero había hecho que nada les faltara.

Ninguna de las ventanas que había en los muros se veían cerradas; Bechlaren estaba abierto. Hacia allí se encaminaron los extrajeros, á quienes veían con gusto. El noble Rudigüero les ofreció todo lo que podían desear.

La hija del margrave, con su acompañamiento, salió á recibir á la reina de la manera más cariñosa; allí estaba su madre, la esposa de Rudigüero, y muchas jóvenes, que se saludaron con afecto.

Cogiéronse de la mano, y se dirigieron á una

espaciosa sala muy bien adornada, bajo la que corría el Donau. Sentáronse junto á las ventanas y se distrajeron grandemente.

No os puedo decir todo lo que sé. Se marcharon con pena, y se escuchó cómo se quejaban los guerreros de Crimilda, pues era verdadero su pesar. ¡Cuántos buenos guerreros de Bechlaren se marcharon en su compañía!

El margrave les ofreció cariñosamente sus servicios. La joven reina dió á la hija de Gotelinda doce brazaletes de oro rojo y algunos buenos vestidos, como no los llevaban mejores en el país de Etzel.

Aunque le había sido robado el oro de los Nibelungos, ella se conquistaba la afección de todos con los pocos bienes que le habían quedado. Al acompañamiento del jefe hizo grandes regalos.

Los caballos fueron llevados ante Bechlaren. Allí la noble reina se despidió de la esposa de Rudiguero y de su hija; también, con grandes cumplimientos, se separaron muchas hermosas jóvenes.

Ellos casi no volvieron á verse después de aquel día. De Medelick se trajeron muchas magníficas copas de oro, en las que se escanció vino á los extranjeros durante el viaje; habían sido muy bien recibidos.

Había allí un príncipe llamado Astoldo que les indicó los caminos por el Osterland, hacia Montoron, por el Donau; por aquellos sitios ofrecieron muchos servicios á la rica reina.

El obispo se separó con gran pesar de su sobrina. ¡Con cuánta piedad le deseó feliz viaje y que consiguiera en el país de los Hunos tan grande honor como había conquistado Helke.

En los días siguientes los extranjeros siguieron hacia el Traisem. La gente de Rudiguero los sirvió en su país hasta que llegaron los Hunos. Por todas partes hicieron grande honor á la reina.

El príncipe del Huneland tenía cerca del Traisem una rica población muy célebre, cuyo nombre era Traisemauer, residencia de Helke, donde practicaba sus virtudes de una manera como nadie ha visto, si no es Crimilda que tenía gusto en dar con largueza. Ella podía disfrutar, después de sus infortunios, del placer de verse honrada por la gente de Etzel.

Los dominios del rey Etzel eran conocidos hasta muy lejos, y en todo tiempo se hallaban en su corte fortísimos guerreros de los más renombrados entre los cristianos ó los paganos.

Todos había llegado allí; lo mismo los cristianos que los paganos, se habían reunido siempre en su corte, y cualquiera que fuera la manera de vivir de cada uno, la bondad del rey era tanta, que todos estaban contentos.

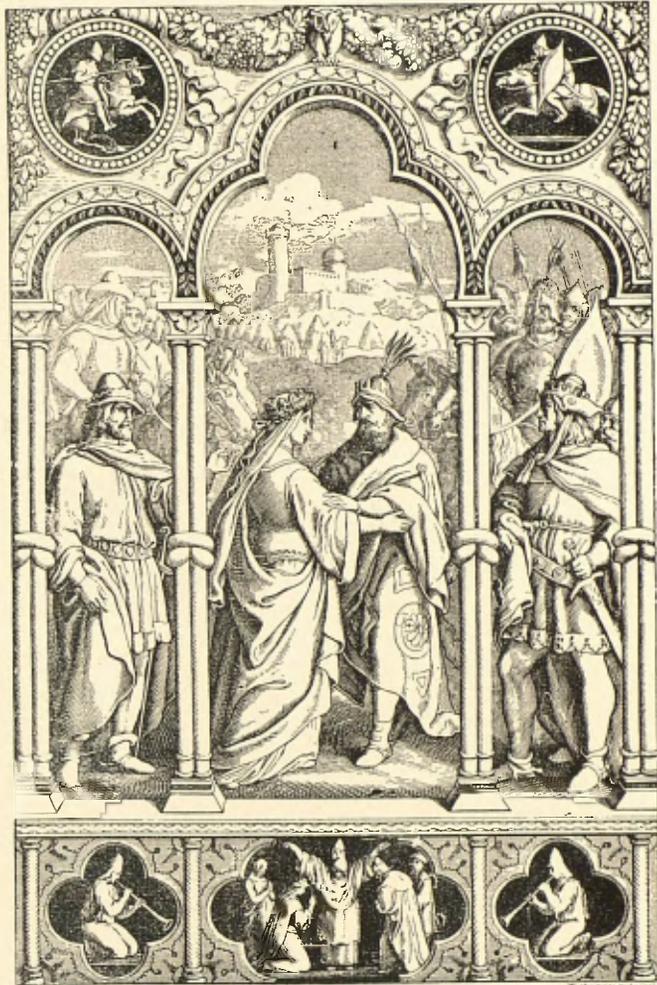
XXII

DE COMO CRIMILDA FUÉ RECIBIDA POR LOS HUNOS

Anunciaron al rey Etzel que la muy noble señora Crimilda se adelantaba hacia su reino, y desapareció de su alma todo el dolor; el rey salió al encuentro de la tan digna de honor.

A orillas del Donau, en el Oestereicherland, hay una ciudad llamada Tulna. Allí aprendió Crimilda muchas extrañas costumbres que jamás había visto. Allí fué recibida por muchos á quienes había de causar grandes males en el tiempo venidero.

Precediendo al rey Etzel, cabalgaba un ejército escogido, alegre y rico, magnífico y numeroso, compuesto de



veinte y cuatro príncipes ricos y de elevado nacimiento: no deseaban otra cosa que ver á su reina.

Llegaba el último el rey Etzel y el señor Dietrich con todos su héroes, entre los que se veían magníficamente equipados muchos nobles guerreros fuertes y también buenos. Al ver esto se elevó el ánimo de Crimilda.

Así dijo á la reina el noble Rudiguero: «Señora, aquí es donde debo recibir al poderoso rey. Dad un beso á los que yo os indique, porque no podéis recibir del mismo modo á todos los guerreros de Etzel.»

Ayudaron á descender de su hacanía á la reina; el rey Etzel no esperaba otra cosa: echó pie á tierra de su caballo, y con todos sus amigos se adelantó lleno de alegría hasta Crimilda.

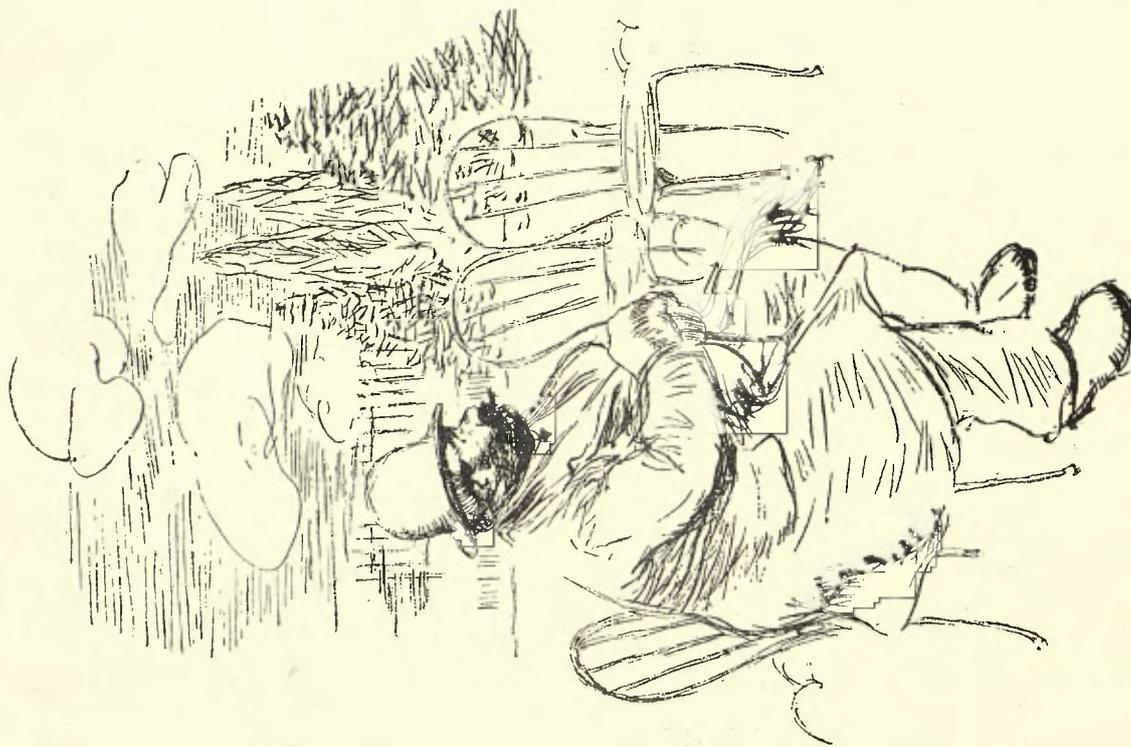
Dos opulentos príncipes, según nos han dicho, iban á los lados de la señora, llevando magníficos trajes, cuando el rey Etzel se adelantó á su encuentro y cuando ella lo recibió con afectuosos besos.

Ella separó sus velos; sus magníficos colores brillaban más que el oro que la adornaba. Había allí muchos hombres que decían que la señora Helke no había sido tan bella. A su lado estaba Blodel, el hermano del rey.

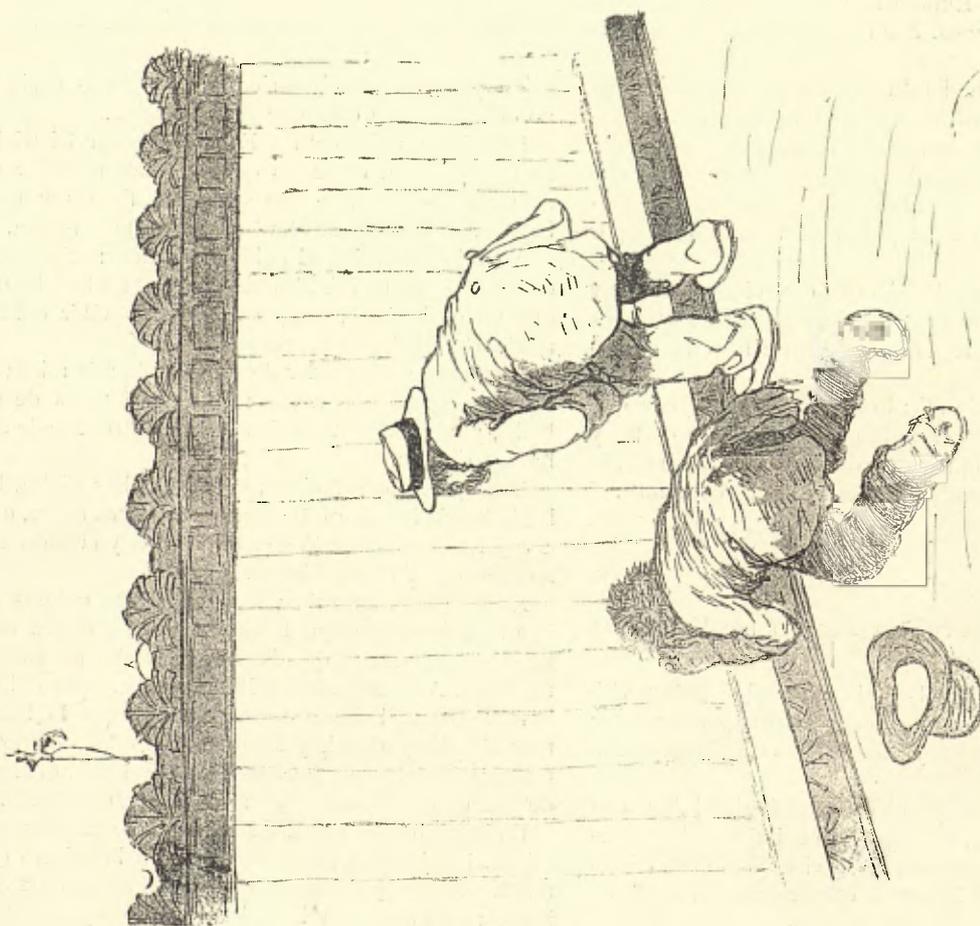
Rudiguero, el rico margrave, le dijo que lo besara, y también al rey Gibek y Dietrich que estaban presentes: también besó á doce guerreros del rey Etzel, distinguiendo con un afectuoso saludo á los demás caballeros.

En tanto que el rey Etzel permaneció al lado de Crimilda, los jóvenes guerreros hicieron lo mismo que en nuestro tiempo y en nuestro país; se entregaron á alegres juegos; esto hacían, y los cristianos y los paganos observaban sus costumbres.

(CONTINUARÁ)



Sólo cuando uno se ha retirado, comprende algo en cosas de poesía



EXPOSICIÓN DE 1900

— Por lo que veo, esto no vale lo que la Exposición del 55